

inflamarse: el aire estremadamente encerrado por una parte, encerrado y comprimido en el seno de la tierra; y por otra el agua misma reducida á vapor, se esfuerzan en todas direcciones para salir, y si no encuentran por donde hacerlo, causan las mas violentas sacudidas.

No hay términos con que poder expresar cuán funestas son estas explosiones. De todas las catástrofes que asolan la tierra, no hay ninguna tan formidable, tan destructora y que haga mas inútiles toda prevision y todos los esfuerzos humanos. Cuando los rios, saliendo de su madre, inundan las casas y sumergen provincias enteras, queda todavía algun recurso al desgraciado labrador: puede refugiarse en las montañas, y oponer diques al furor de las aguas; pero en un terremoto todo cuidado es superfluo, toda precaucion imposible. Apenas hay ningun peligro del cual de una manera á otra no pueda escapar: el rayo no ha jamas consumido ciudades y provincias enteras; la peste puede despojar las mayores ciudades, mas nunca las destruye enteramente; pero un terremoto se extiende con un poder irresistible á todo un pais, nada puede detenerle; abisina pueblos y Estados sin dejar, por decirlo así, rastro de lo que habian sido.

EL MAR MUERTO.

Los judíos, que no habian visto el oceano, dieron el nombre de mar á un lago de mediana estension en el cual desemboca el Jordan. Es un lago triste y monótono por sus recuerdos imponentes y terribles, y por el espectáculo de desolacion que ofrece á las miradas. Los libros santos recómo esa tierra de prosperidad y de delicias se convirtió en soledad de espantosa aridez. Gomorra, Sodoma y otros pueblos, que flotaban, por decirlo así, sobre inmensa mole de aguas subterráneas, minas de azufre y po-

zos de betun, edificadas ellas mismas con piedras bituminosas, aparecian risueñas en el valle de Siddin. Cierto dia, en que segun las Escrituras habian llegado al colmo sus iniquidades, cayó sobre ellas el rayo, incendiáronse los materiales de sus edificios, comunicóse el fuego á las masas de azufre y de betun, hundióse el suelo, y subiendo las aguas á la superficie, formaron un mar de veinticinco leguas de largo por seis de ancho. Muchos siglos han trascurrido despues de esta catástrofe, y aun quedan vestigios del espantoso incendio, no solo por sus inmensos resultados, sino por la grande esterilidad de aquellos contornos, efecto del calcinamiento de la tierra.

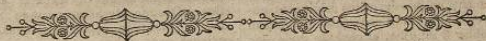
En el seno del mar muerto no vive ningun pez, ningun molusco, ningun crustáceo, y sobrenada en el gran cantidad de betun.

MAR PUTRIDO.

Cuando el viento sopla fuertemente del Este, las aguas del mar de Azof se introducen en un inmenso pantano de cien leguas cuadradas, y cuando por el contrario toma el viento direccion contraria, refluyen las aguas en el mar de Azof, y queda al descubierta un espacio de mas de dos leguas de ancho, cuyas exhalaciones son fétidas y malignas: es el mar putrido.

LAGOS SUBTERRÁNEOS.

A veces las islas flotantes cubren enteramente un lago: otras veces las aguas de los lagos que desaparecen, prestan tributo á otros sepultados en el seno de la tierra. Muchos de estos lagos subterráneos están tambien llenos de peces. Los volcanes de los Andes en sus mas terribles erupciones han arrojado inmensa cantidad de agua á infindad de peces pequeños procedente de espaciosos lagos subterráneos.



VARIEDADES.



CASCADAS DEL CANADA.

Los mas hermosos saltos de agua del universo son sin contradiccion los del Niágara: tal es el nombre dado al rio San Lorenzo entre los lagos Erié y Ontario. El rio, en el punto de la catarata, está separado en dos partes por una isla. La que está contigua con los Estados-Unidos tiene 350 varas de ancho, y la que linda en el Canadá tiene 600; en esta se precipita el agua desde una altura de 163 pies, y en aquella se lanza desde 165 pies. El ruido de las olas se oye á la distancia de mas de dos leguas. Parece que una densa nube cubre constantemente la catarata, y al primer golpe se cree que el agua baja del cielo. De tiempo en tiempo se abre esa nube, y descubre detras del rio los lagos y las selvas. En invierno se hiela el agua encima de la catarata, y cuando la corriente rompe este cristal inmenso, levántanse enormes columnas de hielo, mientras que en lo mas alto de la catarata se forman tímpanos y carámbanos caprichosos.

El Autanas, que es el aflente mas considerable del San Lorenzo, ofrece tambien muchas y muy pintorescas cascadas, entre ellas las de Chandiere. Un rio mucho mas pequeño, el Montmorency, merece particular mencion

por una cascada perpendicular de 242 pies de alto.

“Venid á pasar conmigo, esclama Chateaubriand, una noche entre los salvajes del Canadá, y junto al famoso Niágara, porque comprendais lo que es la libertad de la naturaleza.

“Es natural á un desgraciado gozarse en las ilusiones de la felicidad, y embeberse en el recuerdo de los placeres pasados. Cuando me da tédio la vida, y coozoço que el trato con los hombres destruya mi corazon, y vuelvo involuntariamente el rostro, y miro con pesar hácia lo pasado. ¡Hermosas meditaciones! ¡secretos é inefabes encantos de una alma que goza de sí misma! en los inmensos desiertos de América es donde he sabido lo que valeis. Cuando en mis viages por entre los indios del Canadá, me vi por primera vez lejos de las moradas europeas, solo, en medio de un oceano de selvas, sentí en mí una estraña revolucion. En la especie de delirio que se apoderó de mí, no seguia ningun camino, de árbol en árbol vagaba á derecha é izquierda, diciendo para mí: “Aquí no hay ya camino que seguir, ni ciudades, ni casas estrechas, ni presidentes, ni repúblicas, ni reyes, ni leyes sobre todo, ni hombres. ¿Ni hombres? sí, algunos salvajes que no se dan pena por ellos ni por mí; algunos que como yo andan errantes. ¡Hombres, por donde el pensamiento los conduce, que comen cuando quieren, y duermen donde y cuando les place.”

Y para ensayar si por fin me habia re-
puesto en mis derechos originales, en-
tregábame á mil caprichos que hacían
rabiar á mi guía, el cual sin duda me
creía loco.

Libre del yugo social, comprendí
entonces los encantos de la independen-
cia natural, que dejan muy en zaga
los placeres de que le es dado for-
marse una idea al hombre civil. Co-
nocí entonces por qué ningun salvaje
no se ha hecho europeo, y por qué
muchos europeos se han hecho salva-
jes. Las naciones y sus estatutos mas
decantados me parecían juegos de ni-
ños; todo eran pigmeos en torno mio,
ó por mejor decir, contemplaba con
gigantesca mirada el resto de mi raza
degenerada.

Vosotros, que queréis escribir para
los hombres, trasportaos á los desier-
tos, convertíos por un momento en
hijos de la naturaleza, y entonces, y
solo entonces, tomad la pluma.

Entre los innumerables goces que
esperimenté en mis viajes, uno sobre-
todo ha dejado viva impresion en mi
alma.

Dirigíame á la famosa catarata del
Niágara, y caminaba al través de las
naciones indias que habitan los desier-
tos al Oeste de las plantaciones ame-
ricanas. Mis guías eran el sol, una
brújula pastorial y un holandés que en-
tendia perfectamente cinco dialectos
de los salvajes. Nuestro equipaje
consistia en dos caballos, á quienes de
noche dejábamos libres por la selva,
atándoles antes una campanilla en la
cerviz: al principio temí perderlos,
pero mi guía me tranquilizó haciéndome
observar que por un instinto admi-
rable esos buenos animales no per-
dian jamas de vista nuestra lumbre.

Cierta tarde, cuando segun cálculo,
distábamos solo ocho ó nueve leguas
de la catarata, vimos acampados algu-
nos salvajes en la margen de un ri-
chuelo. Nos encaminamos hacia ellos.
El holandés les pidió permiso para pa-
sar la noche junto con ellos, lo que
nos fué concedido al instante, y nos

pusimos al momento á trabajar con
ellos. Despues de haber cortado rama-
s, y plantado estacas, arrancado
cortezas para cubrir nuestras mora-
das, y terminado algunos otros traba-
jos públicos, dedicóse cada cual á sus
negocios particulares. Quité á mi ca-
balla la silla, que me sirvió de almoha-
da durante todo el viaje; mi guía
dió pienso á nuestras caballerías; y
como no era tan delicado como yo,
elegí por almohada un tronco de ár-
bol seco. Despues nos sentamos to-
dos en rueda, con las piernas cruza-
das al estilo de los sastres, en torno
de una grande hoguera para tostar
nuestras panojas de maiz, y para pre-
parar la cena. Quedábame todavia
un frasco de aguardiente que no sir-
vió poco para divertir á los salvajes.
Estos sacaron tambien sus provisiones,
y dimos principio á nuestro festin.

Componiáse la familia indígena de
dos mugeres con dos niños de teta, y
de tres guerreros: dos de éstos ten-
drian de cuarenta á cuarenta y cinco
años, aunque parecían mucho mas
viejos, y el tercero era un jóveo.

Pronto la conversacion se hin sge-
neral, mediando algunas palabraz de
mi parte, y muchos gestos, lenguaje
espresivo que los salvajes comprenden
mucho, y que entre ellos aprendí.
Unicamente el jóveo guardaba un si-
lencio obstinado, siempre clavados en
mi sus ojos. A pesar de las rayas ne-
gras, rojas y azules, y de la perla pen-
diente de su nariz, que le desfiguraba
sobremedera, distinguíase fácilmen-
te la nobleza y la sensibilidad que ani-
maban su semblante. ¡Cuánto senti
que no me amasé! . . . Parecíame
leer en su corazon la historia de todos
los males con que los europeos han
abrumado su patria.

Los dos niños, enteramente desau-
dos, se habian dormido á nuestros
pies junto á la lumbre; sus madres los
cogieron y los acostaron sobre pieles
con un cuidado delicioso de ver entre
esas supuestas bárbaras; la conversa-

cion se acabó gradualmente, y todos
nos dormimos en el puesto mismo don-
de nos encontrábamos.

Tocante á mí, no pude cerrar los
ojos; levanté la cabeza, y apoyándome
en el codo contemplé á la luz rojiza del
fuego moribundo esos indios acostados
en torno mio, y abismados en un pro-
fundo sueño. Confieso que apenas pude
contener mis lágrimas. Cuánto me
conmovió tu descanso, interesante jó-
ven salvaje! tú, que pareces tan sen-
sible á los males de tu patria, eres de-
masiado grande para desconfiar de un
extranjero. Europeos, ¡qué leccion
para nosotros! Esos mismos salvajes
á quienes hemos perseguido á sangre
y fuego, á quienes nuestra avaricia no
dejaría ni algunos pies de tierra para
cubrir sus cadáveres, reciben á su ene-
migo en su cabaña hospitalaria, par-
ten con él su miserable cena, y duermen
á su lado el sueño profundo del
justo! esas virtudes son tan superiores
á nuestras virtudes convencionales,
como el alma de esos hombres de la
naturaleza es superior á la del hom-
bre social.

Brillaba la luna en el firmamento.
Levantéme y fui á sentarme á alguna
distancia para disfrutar de una de esas
noches americanas que el pincel del
hombre no trazará jamas, y de la cual
me he acordado cien veces, siempre
con delicia.

Ya la luna descansaba sobre un
grupo de nubes, que semejaba á la
cumbre de altas montañas coronadas
de nieve; estas nubes se iban prolongando y descubrian zonas difusas y
ondulosas, ó se trasformaban en liger-
os copos de espuma, en innumerables
rebabos errantes por las llanuras azu-
les del horizonte. Pero luego la bó-
veda aérea parecia trocarse en una
playa, en la cual se distinguían las ca-
pas horizontales, los pliegues parale-
los trazados al parecer por el flujo y
reflujo regular de los mares. A poco
una ráfaga de viento desgarraba ese
velo, y se formaban en el cielo gran-
des zonas como de algodón blanquisi-

mo, tan suave á la visía, que no era
posible dudar de su elasticidad, de su
blandura.

Ni era menos encantadora la esce-
na terrestre. El riachuelo que ser-
penteaba á mis pies, parecia una faja
azul, sembrada de diamantes y corta-
da transversalmente por toques ne-
gruzcos. A la otra parte del rio, en
una vasta pradera natural, los rayos
de la luna, brillantes é inmóviles, for-
maban un campo de plata. Y en torno
mio todo era silencio y reposo. Ine-
ra de la caída de algunos hojas, de al-
guna ráfaga súbita, y de los gemidos
raros é interumpidos del autillo: pe-
ro á lo lejos, resonaba por intervalos
lamajestuosas catarata del Niágara, cu-
yo ruido, en la calma de la noche, se
prolongaba de desierto en desierto, y
se extinguía al través de las selvas so-
litarias.

La grandeza, la asombrosa melan-
colia de ese cuadro, no son para es-
presarse en idioma humano: las mas
hermosas noches de Europa no nos
darian de él ni una idea siquiera. En
medio de nuestros campos cultivados,
en vano la imaginacion procura esten-
derse, pues en todas partes encuentra
habitaciones humanas; pero en aque-
llos países desiertos, el alma se goza
al perderse en un océano de eternas
selvas; se complace en andar errante
á la luz de las estrellas por las orillas
de lagos inmensos, en detenerse jun-
to al abismo bramador de las terribles
cataratas, en seguir esas enormes mas-
as de agua que ruedan con estrépito,
y en mezclarse y confundirse, por de-
cirlo así, con toda una naturaleza sal-
vaje y sublime.

Esos goces son demasiado vivos, y
somos tan débiles que los placeres
mas refinados se nos hacen dolorosos,
como si la naturaleza se temiese que ol-
vidásemos nuestra condicion de hom-
bres. Absorto en mi existencia, ó por
mejor decir, existiendo todo yo fuera
de mí mismo, sin sensaciones ni pen-
samientos distintos, y arrobado en uno
de esos éxtasis, que sin duda son un

preludio de la felicidad mental que acaso nos espera en la otra vida, de repente tuve que volver el pensamiento á ésta, pues me sentí indispuerto. Conoció que era forzoso abandonar mis meditaciones; volví á mi puesto, me eché junto á los salvajes, y luego se apoderó de mí un sueño profundo.

Cuando desperté al amanecer del día siguiente, vi que todos estaban dispuestos ya para la marcha. Mi guía había dado pienso á los caballos; los guerreros se habían armado, y sus mugeres se ocupaban en reunir el bagaje que consistía en pieles, en maíz, y en carne de oso. Levantéme, y sacando un poco de pólvora, balas, tabaco y una cajita, lo distribuí entre esos hombres de la naturaleza, que al parecer quedaron contentos de mi generosidad. Nos separamos en seguida, no sin muestra de enternecimiento y de pesar. Todos, hasta el jóven indio, que estrechó cordialmente la mano que yo le tendí, nos despedimos con el corazón conmovido. Los salvajes se encaminaron hácia el norte, y nosotros hácia el oeste. Los guerreros se adelantaron dando el grito de marcha, y luego los siguieron sus mugeres, cargadas con el bagaje y con los niños, quienes iban envueltos en pieles á la espalda de sus madres, y se volvian sonriendo para mirarnos. Por algun tiempo no quise perder de vista esa marcha tierna y maternal, hasta que la tropa entera hubo desaparecido lentamente por entre los árboles de la selva.

Buenos salvajes, que me disteis hospitalidad, y á quienes sin duda no volveré á ver, séame dado pagaros aquí un tributo de reconocimiento. ¡Ojalá disfrutéis por largo tiempo de vuestra preciosa independencia en vuestras hermosas soledades, donde mis votos por vuestra felicidad no cesarán de seguirlos! Inseparables amigos, ¿en qué rincón de vuestros inmensos desiertos habitáis al presente? ¡Viris siempre juntos, y siempre felices! ¡hablais alguna vez del estrange-

ro de la selva! ¿deseais saber en qué punto del globo habita, anhelais por su felicidad desde las márgenes de vuestros rios solitarios? Generosos amigos, mucho se ha trocado mi suerte despues de la noche que pasé á vuestro lado; pero al menos fuera un consuelo para mí, desde esas regiones en que habito perseguido de los hombres de mi país, si supiese que mi nombre, en los remotos confines del universo, en el fondo de alguna soledad ignorada, ó acaso junto á la maravillosa catarata del Niágara, es pronunciado con enternecimiento por algunos pobres indios.

EL HOMBRE.

Todo anuncia en el hombre al soberano de la tierra; todo aun por lo exterior manifiesta su superioridad sobre todos los vivientes: se sostiene derecho: su actitud es la de quien manda: su cabeza se dirige al cielo, y presenta una faz augusta, en la que está impreso el carácter de su dignidad, y en cuya fisonomía está retratada el alma: la excelencia de su naturaleza se deja ver por entre los órganos materiales, y anima con un fuego divino las facciones de su cara. Su aire magestuoso, su andar firme y gallardo anuncian su nobleza, y su elevada clase; no toca en la tierra sino con los extremos mas distantes, ni la vé sino de lejos y como con desden, y no le han sido dados los brazos para servir de pilares á la masa de su cuerpo, ni las manos para hollar la tierra, y perder con la continua fricción la delicadeza del tacto de que son el principal órgano; sino que aquellas y éstos han sido destinados para mas nobles usos, para ejecutar las órdenes de la voluntad, coger las cosas distantes, apartar los

obstáculos, evitar los encuentros y el choque de lo que podría perjudicarle, abrazar y retener lo que le puede agradar y ponerlo en proporcion de que lo perciban los demas sentidos.

Cuando el alma está tranquila, todas las partes de la cara se mantienen tambien en serenidad, y su proporcion, su union y su conjunto indican suficientemente la dulce armonía de los pensamientos, correspondiendo así con la calma interior que goza el alma; pero cuando está agitada se convierte el rostro en una pintura viva en que se expresan las pasiones con no menos delicadeza que energía, y en la que cada movimiento del alma es representado por medio de un rasgo particular, y cada accion por medio de un carácter cuya impresion viva y pronta, anticipándose á la voluntad, descubre y manifiesta exteriormente con signos patéticos los móviles de nuestras secretas imaginaciones.

Los ojos son la parte de la cara en que principalmente se pintan y dan á conocer nuestras internas inquietudes: este órgano es por el que se explica el alma mas que por otro alguno, y parece que toca en ella y participa de todos sus movimientos: él expresa sus mas vehementes pasiones y sus violentas connocciones, igualmente que sus movimientos mas dulces y sus sentimientos mas delicados: él las manifiesta con la mayor fidelidad, tales como acaban de excitarse en el alma; las comunica á otro por medio de emanaciones veloces que infunden en ella el fuego, la accion y la imágen de la que las despiden: de modo que recibe y refleja á un mismo tiempo la luz del pensamiento y el calor del sentimiento, y es el espejo del espíritu, y la lengua de la inteligencia.

LA NATURALEZA INCULTA.

Contemplemos aquellas desiertas regiones, aquellos tristes paisés en que jamas ha fijado el hombre su habitación, y las veremos en todos los

parajes elevados cubiertas, ó mas bien cruzadas, de bosques espesos y sombríos, de árboles, unos sin corteza y sin copa, encorvados, abiertos, y cayéndose en fuerza de su vejez, y otros en mayor número caídos al pié de éstos, que se van pudriendo sobre montones de otros ya podridos, y sofocan y sepultan las plantas que empiezan á nacer. La naturaleza, que en cualquier otra parte brilla ostentando una juventud lozana, parece haber llegado en estos terrenos á su lánguida decrepitud; y la tierra abrumada con el peso, y sepultada, digámoslo así, bajo las ruinas de sus producciones, en vez de ofrecer un verdor floreciente, solo presenta un espacio cubierto de escombros, atravesado de árboles viejos, cargados de plantas parásitas, de muzgos y de agrícos; frutos impuros de la putrefaccion; vemos en todos los sitios bajos abundancia de aguas muertas y corrompidas por falta de conductos y de direccion; terrenos cenagosos, que no siendo sólidos ni líquidos, no pueden transitarse, y son igualmente inútiles para los habitantes de la tierra que para los de las aguas; pantanos, que cubiertos de plantas acuáticas y fétidas, solo prestan alimento á insectos venenosos, y abrigo á animales infectos que ocupan los terrenos bajos, y los bosques decrepitos que cubren los elevados, se extienden páramos y tierras eriales que en nada se parecen á nuestras praderas, y en donde las malas yerbas superan y sofocan á las buenas; no están estos sitios cubiertos de aquella yerba fina que parece el vello de la tierra, ni de aquella po-brillante fecundidad, sino tan solo de vegetales agrestes, de yerbas toscas y espinosas, de tal modo enlazadas entre sí, que mas bien parece que se mantienen asidas unas á otras que prendidas en la tierra, y que secándose y renaciendo sucesivamente unas encima de otras, forman una broza de muchos piés de grueso.

En estos silvestres lugares no se encuentra camino, senda ni vestigio alguno de la acción del ser inteligente. Obligado el hombre, si quiere recorrerlos, á seguir la senda de las fieras, precisado á velar continuamente para evitar ser pasto de ellas, aterrado de sus rugidos, y pasmado del silencio mismo de tan vastas soledades, retrocede y dice: ¡Cuán horrible es, y cuán amortiguada está la naturaleza inculta! Yo solo soy quien puede hermosearla y vivificarla. Desequemos estos pantanos, animemos estas aguas muertas, dándolas curso, hagámos con ellas arroyos y canales, hagámos uso del elemento activo y devorador, que hemos sabido sacar por nuestra propia industria, pongámos fuego á esta broza inútil, á estos bosques viejicos y casi consumidos, y acabemos de destruir con el hierro lo que el fuego no ha podido aniquilar. Hace esto el hombre, y bien pronto en lugar de juncos y del nenúfar, de que el sapo componia su veneno, se ven brotar el ranículo, el trébol, y las yerbas dulces y saludables; rebatos de ganados hallan en ella una sustancia abundante y un pasto siempre verde, y se multiplican por generaciones continuadas. El hombre, valiéndose de estos nuevos auxilios, consume su obra, unge el buey, emplea sus fuerzas y el peso de su masa en arar la tierra que rejuvenece con la cultura, y sale de entre sus manos una naturaleza nueva.

LAS MAREAS.

El mar, tan maravilloso por su propia estension, por lo salobre de sus aguas, por los fenómenos de la fosforescencia que dan á sus olas el brillo del fuego, por sus hielos enormes, por sus corrientes, y por su poblacion in-

mensa, no llama menos nuestra atención por sus mareas. Llámanse así las oscilaciones que hacen variar el nivel de sus aguas cuatro veces al día, dos cuando se levantan é invaden mugiendo las costas, y otras dos cuando se retiran y dejan en seco largo trecho de arena. A este doble movimiento se ha dado el nombre de flujo y reflujo, á cuyo fenómeno no están sujetos los mares interiores: por esto, antes de Alejandro el Grande, ignoraron los griegos la existencia de las mareas. ¡Cuál debió de ser el asombro de los navegantes griegos y de su gete, cuando de orden de aquel conquistador descendieron el Indo hasta su desembocadura en el grande Océano! De repente, cuando estaban acampados en la orilla, avanza el mar con un furor espantoso, cubre las tiendas, sumerge caballos y ginetes, y amenaza destruirlo todo. Bien es verdad que aquella marea fué terrible por otras causas que produjeron el Boro, fenómeno semejante al Prororoca que vamos á descubrir.

EL PROROROCA.

Al hablar de la Amazona, hemos dicho que este rio, al entrar en el mar, rechaza tan impetuosamente las aguas del Atlántico, que sin mezclarse con ellas corre por su seno durante muchas leguas. Sin embargo, la marea se experimenta hasta en Obidos, es decir, unas 175 leguas mas arriba del desembocadero. En los tres días mas cercanos á las lunas llenas y nuevas, época de las mas altas mareas, el flujo, en vez de efectuarse en seis horas, tiene lugar en uno ó dos minutos. Los indios llaman á este fenómeno el Prororoca, y el ruido que le acompaña se oye desde la distancia de algunas leguas.

LAGOS TEMIBLES.

El de Huron tiene una bahía siempre cargada de nubes eléctricas: nin-

gun viajero la ha atravesado sin oír los estampidos del trueno.

Un grande pantano de Portugal, deja oír mugidos formidables al acercarse la borrasca.

El lago de Loch-Lemond en Escocia, y el de Vester en Suecia, experimentan conmociones violentas en tiempo bonancible.

El de Kestin en Brandeburgo forma hervideros en calma, y levanta torbellinos que sumergen las barcas de los pobres pescadores.

Un lago de Bohemia, cerca de Boleslau, da explosiones que levantan en los aires masas de hielo de muchos quintales de peso.

LAGOS QUE DESAPARECEN.

Muchos son los lagos que se evaporan en verano; pero otros hay, mas curiosos y mas admirables, que teniendo comunicacion con subterráneos les prestan de tiempo en tiempo el tributo de sus aguas. Bajo este respeto es famoso el lago de Czirnitz en la Carniola: no pocas veces, en un mismo día, se suceden en su madre ejercitándose en sus tareas el pescador, el cazador, el labrador y el segador. Tienen cinco leguas de circunferencia en los años secos, y ocho en los húmedos. En épocas irregulares desaparecen repentinamente sus aguas por unas cuarenta aberturas de su alveo, y entonces saltan en seco luchando con la muerte los peces. Al cabo de algun tiempo vuelve á llenarse.

ISLAS PLOTANTES.

Dáse este nombre á unas verdaderas islas que sobrenadan en el agua por su poco peso específico. En otro tiempo eran citadas como las mas asombrosas maravillas de la naturaleza; mas en el día, habiéndose reconocido su materia ligera, compuesta casi toda de tejidos y raíces de árboles que sostienen una capa de cieno vegetal, es fácil explicar ese fenómeno que

se ha hecho ya comun. El lago de Saint-Omer, las lagunas de Manocchio, las de Irlanda y Escocia, y el lago de Gerdau en Prusia, presentan varias islas flotantes. Algunas de estas llegan al fin á fijarse á semejanza de lo que la mitología griega cuenta de la isla de Delos.

LAGO DE TITICACA.

Este lago, célebre en la historia de los Incas, está situado en el Alto-Perú, provincia de la Paz. Tiene mas de cien leguas de circunferencia. Sus aguas son amargas; y de su seno sale un rio, el Desaguadero, que va á perderse en otro lago salado no muy distante. El de Titicaca recibió nombre de una de sus islas, en la cual Manocapac, el legislador del Perú, pretendió haber recibido su mision del cielo, y donde despues se levantó un templo cubierto de oro. Dicese que al tiempo de la conquista, los naturales tiraron al lago muchos objetos macizos de este metal, y entre ellos la grande cadena de oro que tenia doscientas treinta y tres varas de largo. Hace algunos años se formó una compañía inglesa para secar este lago; pero hasta el presente no se ha puesta en obra esta empresa colosal.

GRUTAS.

LABERINTOS Y CAVERNAS.

La gruta de Antiparos, en el archipiélago de la Grecia ha sido reputada por mucho tiempo la mas hermosa del mundo, ya por su magnitud, ya tambien por el conjunto de preciosidades que encierra. Una caverna rústica os invita á entrar; pero luego se os presentan horribles precipicios, á los cuales se baja deslizándose por medio de cuerdas, y se llega por fin á la entrada de la gruta, que se encuentra á 300 brazas de profundidad, y tiene 40 de alto y 50 de ancho. Turnefort, célebre botánico que ha dado una descripción de esta gruta, creyó haber visto en ella un jardin de cristal,

y pretendió haber adquirido una prueba completa de la vegetación de las piedras.

Las grutas de Arcy en las cercanías de Vernanton (Yonne) disputan la primacía á la de Antiparos. Compónense de muchas salas que se comunican por medio de corredores estrechos y muy bajos. Una de ellas contiene un lago, cuya profundidad es desconocida todavía, pero todas ellas están adornadas con estalácticas onduladas, con cascadas inmviviles, columnatas, tubos que reproducen los mas ligeros sonidos. Así estas estalácticas, como las estalagmitas de Antiparos, deben su origen á aguas impregnadas de materias calcáreas, de las cuales las primeras quedan suspendidas de la bóveda á modo de carámbanos, mientras que las segundas caen en tierra, representando vasos, vegetales y animales. Y como no se presenta en esas grutas mas que con antorchas, sus hermosas concreciones calcáreas, parecen cristal de roca.

Los modernos han tomado por monumento de la arquitectura naciente una linda obra de la naturaleza, el laberinto, cueva inmensa que, á favor de mil revueltas parecidas á calles subterráneas, se prolonga por debajo de una colina del monte Ida. Es probable que los moradores de Creta regularizaron esa obra colosal de la naturaleza: en el dia solo los murciélagos van á buscar en ella un asilo.

En la Carniola, las cavernas de Adelsberg son célebres por sus bellezas pintorescas, y por haberse descubierto en ellas el *Proteus anguineus*, animal singularísimo que vive en el agua, completamente privado de luz, y lleva á la vez pulmones y branquias. Dos son las cavernas de Adelsberg, la de la Magdalena, y la grande caverna, descubierta pocos años ha. Llégase á las salas subterráneas siguiendo un corredor oscuro y bajo; y en una de ellas hay una cúpula inmensa, cuya bóveda y paredes se descubren apenas á la luz de las

antorchas. Otra sala, tambien con cúpula, es llamada el Pequeño-Templo, y de ella se pasa á la del Torneo, que es oval, y cuyas paredes forman anfiteatro. Encuéntrase despues otros corredores y cavernas, cada cual notable bajo uno ú otro aspecto. Levántase en una gruesa pilar que al golpearle dá un sonido parecido al tañido de una gruesa campana; en otra hay una columna naturalmente acanalada. Descíbese despues el *Telon*, colosal y hermosísima estaléctica formada por la piedra calcárea que baja formando muchas ondulaciones elegantes, y pliegues preciosísimos. En general los corredores de esas cavernas son bastante anchos para pasar tres personas de frente.

LA OCEANIA.

La Oceanía, que forma en el dia la quinta parte del mundo, debe ser considerada como la mas inmensa maravilla del universo. Es un laberinto de islas, que se estiende en una línea de mas de tres mil leguas, islas eslabonadas al Sur y al Norte por medio de otras cadenas secundarias; todo ello restos acaso de un antiguo mundo en parte sumergido. La mitología de las islas de Sandwich afirma que Eua-Rahai, causado de su muger Ote-Papai, la tiró contra nuestro globo: rompióse en mil pedazos, y cada fragmento formó una de las islas del mar Pacífico. El tronco del cuerpo se aplastó sin duda al Este, y formó la América. La disposición de todas estas islas, la desigual profundidad del mar, los bancos de arena, las peñas á flor de agua que en la Oceanía se encuentran, todo parece apoyar la opinion de los que creen con Buache que las cadenas de montañas se continuán debajo las olas del Océano.

Casi todo el mar pacífico está sembrado de masas de coral, sobre todo los esrechos ó brazos de mar que separan las numerosas islas de la Polinesia y de la Australia.

VARIEDADES.

LOS ESTADOS-UNIDOS.

La primera idea que se presenta al ánimo del viajador europeo cuando despliega delante de él sus magnificencias el suelo americano, es que el nuevo mundo, descubierto por Colon, es tambien una tierra nueva salida de manos del Criador. Comparada con la vieja Europa, le ofrece la América una vegetación tan abundante y tan rica, sus paisajes se diseñan con tanta grandeza y vivacidad, sus vastos lagos y sus magestosos rios tienen un carácter tan bello y tan sublime, que uno está tentado á creer que un nuevo Eden acaba de levantarse del seno del Océano. Esa eracción repentina y súbita de la república de los Estados- Unidos; la rapidez con que ha conquistado su independencia, su riqueza y su poder; el continuo y prodigioso acrecentamiento de su población y de su prosperidad, escitan en nosotros grande asombro y nos dan la idea de un pais donde la vida ha de ser mas vigorosa, y donde las leyes del progreso y de la perfectibilidad han de dar resultados mas pronto y mas duraderos. El interés que inspiran las bellezas naturales y la civilización en América ha subido de punto de algunos años á esta parte, y por tanto, muchos viajeros, cansados de las perspectivas monotonas del mundo antiguo, que no ofrece ya atractivo á su curiosidad, vuelven sus miradas hácia un suelo virgen en

el cual se renuevan incesantemente las escenas mas magníficas.

La descripción de los Estados- Unidos exige un órden de ideas enteramente opuesto al que es necesario para apreciar las bellezas de los demas paises. En el mundo antiguo alguna ruina de lo pasado constituye el alma, el centro de atracción de todo cuadro; en sus escursiones evita el artista lo moderno y escoge sus puntos de vista, de manera que haga resaltar principalmente en sus diseños la catedral ó el castillo ilustrado por la historia ó por su misma antigüedad; en cada paisaje nos vienen á la mente las mismas ideas, desechamos las que tienen conexión con los objetos que nos rodean, y únicamente queremos alimentarnos de leyendas y recuerdos históricos. Lo contrario nos sucede en América, pues al visitarla todas nuestras ideas tienden al porvenir. Y lo propio sucede al americano; cuando sigue el curso de sus inmensos rios, su espíritu se lanza constantemente hácia lo futuro: en vez de divertirse mirando unos valles cuyo aspecto es idéntico al que ofrecieron ayer, y en los cuales viven propietarios y colonos que son los mismos de ayer, está pensando en lo que podrá ser mañana ese valle que entraña una vegetación virginal y vigorosa: en ese vertiente estará bien situada, u na aldea; el hacha resonará en medio de esas selvas; los molinos, los puentes, los canales, los caminos de hierro aniquilarán las mirgenes de ese rio que aho-

ra corre en medio de juncos y de flores salvajes. Este grabado, dice, que me pinta la aldea de ayer, mientras, por me pinta la aldea de ayer se ha convertido hoy en ciudad, y acaso mañana se doblará el número de sus habitantes y dará otro mérito al grabado de hoy. En vez de informarse de la antigüedad de una población, sientase junto al hogar con el lápiz en una mano, y con un pliego de papel en la otra, y está calculando lo que será ese pueblo de aquí á diez años, hasta donde se estenderá, cuánto valdrá el terreno de sus cercanías, y si será mejor emplear los capitales en acciones de un canal ó de un camino de hierro. Repitamos, pues, que en América el observador solo ve en los objetos exteriores sus relaciones posibles con el porvenir, y en Europa sus relaciones con el pasado.

Washington es la grande ciudad federal de los Estados-Unidos; para constituir el centro del gobierno, perfectamente independiente de todos los Estados, se erigió en distrito bajo el nombre de Colombia una extensión de ocho millas cuadradas en la cual está fundada la población. Fué concebida esta bajo un plan gigantesco; pero como por su posición no es susceptible de ser ciudad comercial, existe simplemente como sede del gobierno y como morada de los funcionarios públicos. Lo que en ella llama mas la atención, es una grande y magnífica avenida que conduce á una colina en la cual se ha levantado un suntuoso monumento de mármol blanco; esa grande escalinata, y esa rampa subterránea, guían al Capitolio. Frontero de este edificio, al opuesto remate de la avenida, se descubre el palacio del presidente, llamado comúnmente la Casa Blanca.

Al hablar de la civilización de los Estados-Unidos, uno de los fenómenos mas admirables que llama nuestra atención es la desaparición rápida de la raza cobriz.

Cuando los europeos arribaron á las playas americanas, encontraron en ellas poblaciones numerosas y algunas

veces formidables. Los indígenas, restos de una civilización antigua, cuyo dogma primitivo habian perdido, conservaban sin embargo unos usos, unas costumbres y unas tradiciones que, si bien no eran suficientes para conducirlos á una organización social mas adelantada, tenían bastante poder para ser conservadas por mucho tiempo.

Carcajan en verdad de su prodigiosa actividad antigua, pero conservaban todavía un resto del movimiento de las edades anteriores, al modo de esos proyectiles que, muertos ya, sustraídos á la influencia de la fuerza que los lanzó, continúan sin embargo por algun tiempo su curso al través del espacio.

Proveer para sus necesidades materiales era para esos pobres indios el único anhelo, necesidades poco numerosas entonces y fáciles de satisfacer. Un suelo vasto y fértil, cortado por ríos y lagos abundantes en pesca, costas de grande estension, selvas tan antiguas como el mundo, tales eran sus recursos para acallar sus necesidades diarias.

Y además del cultivo del maíz y de la pesca, una caza fácil en los bosques ó en la pradera los abastecía abundantemente de carne para la manutención, y de pieles para garantir sus hijos del rigor de las estaciones; nada mas pedían entonces. Muy luego su contacto con los europeos, les hizo sentir nuevas necesidades sin darles medios de satisfacerlas. Antes nada les faltaba para su felicidad; imprevisores para el día siguiente, pasaban la vida sin contar los días, sin que las fatigas de la caza y los peligros de la guerra, fuesen para ellos otra cosa que episodios que llenaban un vacío de su existencia sin comprometer su seguridad. Después todo se trocó para el indio. Necesitaba armas de fuego, municiones, instrumentos de caza y de pesca, telas de los europeos, objetos de lujo; amaba con pasión el aguardiente, ese licor de fuego, como le llamaban ellos, que debía enervar y diezmar su raza de generación en generación, acedó con mas furor que las mas encarnizadas guer-

ras. Los despojos de los animales no fueron ya para él simples vestidos, sino objetos de comercio para trocarlos por licores y fusiles, y la dificultad de poder procurárselos era cada día mayor. Los animales salvajes eran cada día menos numerosos, y con el ruido de las ciudades levantadas de repente en sus mismas moradas, se internaron en lo mas profundo... y fué forzoso seguirlos. Las fatigas iban en aumento á medida que los recursos faltaban; la miseria, el hambre, la intemperie, las privaciones, he aquí los enemigos terribles ante quienes iban sucumbiendo unos pueblos en otro tiempo afortunados. ¡Cuántas madres, cuántos hijos no pudieron soportar tantas corrientes, y perecieron en el corazón de las selvas!... ¡Qué de valientes guerreros, qué de atrevidos cazadores perdieron la vida en los combates que tenían que sostener contra las naciones cuyo territorio atravesaban! El Hudson, ese río tan amado ahora, en cuyas márgenes se levantan en la distancia pueblos como el de Wets-point, quintas suntuosas, monumentos como esa columna levantada á la memoria del polaco Kosciusko, que á ejemplo de Lafayette combatió por la independencia americana: el Hudson arrastró millares de cadáveres, y se finó con sangre de los desdichados indios. Y demas de todos esos males, de tiempo en tiempo les fué preciso luchar contra los europeos, para quienes quedaba siempre el campo; y entonces no tenían otro remedio que abandonar el puesto, dar un adiós á los restos de su nación, tomar consigo los huesos de sus padres, única patria que les concedían ya, y llevar á otra parte su miseria y su desesperación.

En la actualidad, cuando la población europea comienza á acercarse al desierto ocupado por una nación salvaje, el gobierno de los Estados-Unidos envía comunmente á esta una embajada solemne; los blancos reúnen á los indios en una vasta llanura, y des-

les dicen: "¡Qué hacéis en el país de nuestros padres! En breve tendréis que desenterrar sus huesos para vivir en él. ¡No hay bosques, lagos y praderas mas allá de estos sitios! Al otro lado de esas montañas que rayan con el horizonte, mas allá de ese lago que linda con vuestro territorio, se encuentran vastas comarcas en que abundan los animales salvajes: vendednos vuestras tierras á idos á vivir felices en aquellas." Y diciendo esto les enseñan armas de fuego, vestidos de lana, brazaletes de estaño, pendientes y espejos. Las mujeres y los niños, deseando poseer esos objetos preciosos, instigan á los guerreros para que tengan lugar la venta. Si aun con esto vacilan, se les insinúa que no les queda otro camino que acceder, y que muy luego el gobierno de los Estados-Unidos será impotente para garantizarles sus derechos. Entonces se muestran silenciosos, y van á habitar sus desiertos para que al cabo de diez años les arrojen tambien de ellos los blancos. He aquí de qué modo adquieron los americanos á vil precio provincias enteras que los mas ricos monarcas de Europa no podrían pagar. Colocado el viajero en la cima del monte Holioko, no le parecen de un valor inestimable esas márgenes riquísimas bañadas por el Connecticut. ¿No forma un paisaje el mas pintoresco, el mas animado, todo cuanto se ofrece á su vista? Pues bien: esa tierra encantadora no les ha costado á los blancos mas que la voluntad de poseerla; verdad es que tambien han vivido en esos paisajes, que les han dado los atractivos del cultivo, que han deramado sobre del ellos el tinte inefable y consolador de la civilización; verdad es que esto es una nueva tierra comensurada con la de los pastanos y selvas gigantescas de otro tiempo; pero todos los prodigios del arte no son capaces de hacer olvidar unas usurpaciones atroces.

Y son tantos los prodigios del arte

que se descubren en los Estados-Únidos... Cruzanse en todas direcciones los canales, los buques de vapor que surcan las corrientes, los caminos de hierro que han cortado las distancias de una manera prodigiosa. El que escribe estas líneas se ha trasladado en pocos minutos de Little-Falls á Utica, entre cuyos puntos media la distancia de quince millas. No bien se tiene tiempo de pensar que uno está de viage cuando vuelan los coches sobre los carriles de hierro, y en un abrir de ojos la distancia está ya franqueada. La vida que se pasa en los Estados-Únidos es toda de actividad, de cálculo, de abstracción de sí mismo cuando se meditan operaciones, y de arrojo y mero positivismo cuando se ponen en planta.



ARNOLDO DE MELCHTAT.

EPISODIO HISTÓRICO.

La hermosa época de la historia suiza, aquella que precede y sigue inmediatamente á la emancipación de los cantones, nos muestra los bellios imperiales del Austria, en rebelión con los pastores de Tualstetten. Estos pastores, hombres apacibles, unidos á los emperadores, y naturalmente dispuestos á dejarse gobernar según una costumbre antigua, estaban por otra parte ansiosos de obtener sus fueros, y se conceptaban incapaces de permanecer mucho tiempo bajo el ominoso yugo de baillios crueles y disolutos. Así esta libertad que conquistaron casi respetuosamente y á su pesar, no tenía á sus ojos mas que el derecho de sustraer á la lujuria ó á la rapacidad de los señores austriacos, el honor de sus mugeres y el patrimonio de sus hijos. De aquí aquel carácter de recitividad de justicia, y al mismo tiempo de heroica firmeza, que distingue la resistencia y la victoria de estos pastores;

de aquí tambien los durables beneficios de una revolución, que arreglada tan pronto como cumplida, no deja subsistir á su lado en lugar de ambiciones rivales, mas que una compacta falange de hombres libres.

En la noche del miércoles, antes de S. Martin, en el mes de Noviembre de 1507, Furst, Melchtat y Stauffacher, llevaron cada uno diez hombres honrados de su país que les habian abierto lealmente su corazón. Cuando estos treinta y tres hombres valerosos, llenos de sentimiento por su libertad hereditaria y por su eterna alianza, unidos por la amistad mas íntima por los peligros del tiempo, se encontraron reunidos en Gruttli, no tuvieron miedo ni del rey Alberto, ni del poder del Austria. En aquella noche, con el corazón conmovido y dándose todos las manos, ha aquí lo que prometieron: "En esta empresa ninguno de entre ellos negaría según sus propias ideas, ni abandonaría á los otros; vivirían y morirían en esta amistad. Todos mantendrían, según el consejo comun, al pueblo inocente y oprimido de los valles, en los antiguos derechos de su libertad, de manera que todos los suizos gozarían para siempre los frutos de esta union. No guiarían á los condes de Habsburgo, de cualquier manera que fuese, sus bienes, sus derechos ó sus siervos; los gobernadores, su comitiva, sus criados y sus soldados mercenarios no perderían una gota de sangre; pero la libertad que habian recibido de sus antepasados, quisieron conservarla intacta y trasmitirla á sus nietos."

Habiendo tomado todos esta firme resolución y en el pensamiento que de su éxito dependía probablemente el destino de toda su posteridad, cada uno de ellos miraba á su amigo con semblante confiado y le estrechaba cordialmente la mano. Entonces Furst, Stauffacher y Melchtat, con los brazos levantados al cielo, juran en nombre de Dios, que ha creado á los emperadores y á los aldeanos de la misma raza, defender juntos la libertad como

hombres. Los treinta, al oír esto, levantaron la mano y prestaron en nombre de Dios y de los santos este mismo juramento. Caminaban de acuerdo respecto á la manera de ejecutar su proyecto; por lo pronto todos regresaron á sus cabañas, se callaron y cuidaron de sus rebaños.

La insolencia de los baillios no conocía ya límites. Tan pronto irritaban gratuitamente con despectivos sarcasmos el honrado orgullo de los montañeses, tan pronto abusaban de sus derechos imponiendo sentencias inicuas.

Un día en que Enrique Anderhalden de Melchtat se hallaba en la labor con su hijo Arnoldo, llegó un mensajero de Laudenberg, baile de Sarnen, y le pidió su magnífica yunta de buyes. Viendo estas honradas gentes tan inausitada arbitrariedad, y esperando sacar partido en términos conciliatorios, el viejo Enrique preguntó que por qué causa se le pedían sus buyes, y suplicó que al menos le dejasen terminar los surcos que quedaban por hacer en la tierra.

—Si el Labrador quiere cultivar su campo, que tire él mismo del arado.

Entonces Arnoldo se lanzó sobre estos hombres arbitrarios, y con su palo escoltaba en seguida para huir de la venganza del baile se fugó á las montañas.

Este jóven Labrador es el mismo que hace poco vimos en Gruttli alzar la mano entre Furst y Stauffacher, bajo el nombre—desde entonces inmortal—de Melchtat.

Esta es la escena que Mr. Lugardon, de Ginebra, ha trasladado al lienzo.



PEDRO PABLO RUBENS.

I.

La historia de las artes cuenta en su gran catálogo infinidad de hombres

eminentes todos han contribuido más ó menos á dejar consignado un nombre que respetar la posteridad; pero son muy pocos los que han logrado despertar la admiración universal. Rafael, Miguel-Ángel, Velazquez, Murillo, Van-Dick, Rubens... Detengámonos. No hay duda que existe cierta analogía seductora, entre la deslumbrante riqueza del pincel de este artista, y la magnificencia real de que se vio cercado durante su vida. Pablo Rubens vivió en las principales cortes de Europa; tuvo íntimas relaciones con las primeras dignidades del mundo y hasta con sus monarcas, y de aquí su gran facilidad en reproducir con la facilidad que le caracteriza, los magníficos ropages, los pomposos ornamentos y los admirables adornos que ha multiplicado su inimitable pincel. Ni el estudio, ni las vigilias, hubieran podido suministrarle aquel caudal de profundos conocimientos, que adquirió con sus frecuentes viajes y con sus repetidas embajadas. Rubens es uno de los pocos pintores que han sido felices, atravesando el periodo de su carrera artística; pudo libremente, sin luchas de ninguna clase, satisfacer todos sus deseos, y nunca se presentó á sus ojos mas que el bello cuadro de la naturaleza que sollicitaba reproducir.

El papel de Rubens en la historia de las artes es de la mas alta importancia, no por los numerosos y buenos discípulos que ha tenido, los cuales bastarían para el cimiento de su gloria; en la historia de la pintura tiene su nombre otro título, un título independiente del mérito de sus discípulos y del número de sus obras... Rubens es jefe de una escuela que ha cambiado y renovado la faz de las artes.

Es cierto que estudió con especial cuidado y afición las escuelas romana, florentina y veneciana; pero creemos—y tal vez nos atrevemos á decir mucho—que de esta misma perseverancia en la observación asidua de distintas escuelas, nace su estilo esclusivo, que no pertenece al romano, ni al florenti-

no, ni al veneciano. Adivinó, sorprendió los secretos del arte y se sirvió de ellos para encontrar el suyo propio: lo que le enseñaron sus primeros maestros, desaparece al contemplar la individualidad de su escuela.

Tal vez haya quien nos pregunte en lo que consiste la individualidad de Rubens; de qué modo se separa de la escuela italiana. Rubens ha sido el primero que ha buscado la grandeza y la belleza esterior, en el idealismo de la parte armoniosa y santa de la figura humana; Rubens ha sido el primero que ha querido sacar de la realidad tomada en sí misma y por ella misma, todo cuanto podía contener de seductor y magistoso.

Para conmover, para admirar, no tuvo precisión de recurrir á la mirada angelical de Rafael, ni á sus actitudes, tan distantes del mundo real, ni á sus facciones, tan puras y divinizadas que no podrían descender á la vida humana sin una manifiesta profanación. Rubens se contenta con la naturaleza que tiene delante de sus ojos, llena de savia y de energía, llena de movimiento y de placer, y lejos de corregir lo que en un principio le parecía exuberante é irregular, exagera lógicamente y en provecho de una idea el carácter del modelo. No obstante, Rubens vió, como Rafael, las figuras italianas, vivió, como él, en el campo de Roma; pero sin duda llegó á comprender que Rafael había agotado los recursos de la expresión ideal, acaso sintió que no alcanzaría ninguna gloria siguiendo sus huellas en un camino tan frecuentado; prefirió abrir una nueva senda y transitar por ella con completa libertad.

La escuela romana se había entregado enteramente á la pureza de sus contornos, á la armonía de las líneas, sacrificando con gusto á las exigencias del dibujo, tal como ella lo había concebido, los caprichos de la luz, los accidentes, los episodios revelados por una observación atenta, pero que tenía cierto carácter de mezquindad. Rubens entonces toma un método opues-

tos en vez de someter el color á la forma, escoge en el modelo lo que halla mas inmediatamente pintoresco, esto es, el color, y para hacer este carácter mas sensible y poderoso, exagera á costa de la forma, pero sin separarse nunca de una lógica admirable que él únicamente posee, puesto que Rubens inventa para producir un efecto dado, siempre inteligible y real.

Si la pintura italiana es casta y santa, la pintura de Rubens es singularmente atrevida, pues observa á la naturaleza y la reproduce bajo el prisma de la realidad; pero la realidad que nos presenta se asemeja tan poco á las trivialidades de la vida usual, que es mas bien un objeto de estudio y admiración que una provocación lasciva y desordenada. Hay mucha verdad en aquellas carnes palpitanes llenas de sangre y de vida, cierta cosa grande y elevada, superior á nuestra naturaleza... Rafael idealizó el orden, Rubens idealizó el movimiento.

Si de estas consideraciones puramente estéticas descendemos á intereses mas inmediatos, Rubens es tambien un digno asunto de reflexiones y de estudio; no hay mas remedio que remontarnos á su época para comprender y seguir la reacción pintoresca de la restauración: solo pensando en Rubens es como se comprende el origen de la escuela inglesa; y por último, aun cuando Rubens no sirviese para explicar el símbolo en derredor del cual se reúnan las mas lisonjeras esperanzas acerca de la historia de las artes, se sacaría un gran provecho estudiándole, no solo como grande artista, como un hombre extraordinariamente hábil en la ejecución de una pintura, sino tambien por una individualidad constante y por su perseverancia en no haber obedecido nunca mas que á sus propias inspiraciones.

II.

LA DECLARACION.

Pedro Pablo Rubens nació en Colonia el 29 de Junio de 1577; su familia,

que era noble, vino á establecerse en Amberes en la época de la coronación del emperador Carlos V. Juan Rubens, su padre, católico ardiente, después de haber ejercido en esta ciudad las primeras magistraturas, se ausentó de allí al cabo de algunos años para huir de las turbulencias religiosas, y regresó á Colonia con su esposa, en cuya población compró una casa, en la cual María de Mélicis debía espirar el año de 1634. La madre de Rubens, Doña María Pipeligna, tuvo siete hijos, siendo Pedro Pablo el menor de todos ellos. En un principio le destinaron al estudio del foro, y ya se habia señalado por sus progresivos adelantos, cuando murió su padre en 1587. La desconsolada viuda volvió con él á Amberes, donde el joven Pedro Pablo terminó sus estudios de filosofía con notable aprovechamiento, pues hablaba y escribía en latin con tanta facilidad y pureza, como pudiera hacerlo con su lengua materna.

Colocó su madre en calidad de paje en casa de la condesa de Lalain, á cuya señora debió consideraciones muy especiales.

Paseábase un día por el jardín con dicha señora, y habiendo llegado esta á un banco de piedra donde tomó asiento, dijo á Pedro Pablo:

—Rubens, síntate á mi lado, que quiero hacerte una pregunta.

El joven se acercó con excesiva timidez, y obedeció á la condesa.

—¿Qué tenéis que preguntarme?

—Hace algun tiempo que observo en tu fisonomía, prosiguió la condesa de Lalain, la expresión del mas vivo pesar. ¿Qué te falta? ¿Tienes alguna queja de mí? ¿No es de tu gusto el empleo de paje que tienes en mi casa?

—Señora, respondió Rubens, mi buena madre se ha empeñado en dar un giro opuesto á mis naturales inclinaciones, y de aquí procede la profunda tristeza que notáis en mí. Sois muy amable; mientras he estado á vuestro servicio, no he hallado mas que moti-

vos para espresaros mi gran reconocimiento, en vista de las singulares atenciones con que os dignais distinguirme; y se aumenta mi pesar al conocer que nunca podré haceros acreedor á tan espresivas manifestaciones.

—¿Por qué, hijo mío? preguntó la condesa con su acostumbrada amabilidad.

—Porque la carrera que me han obligado á emprender no es de mi agrado, y no puede ser agradecido el hombre á quien contrarian sus inclinaciones. Sin embargo, señora, yo dejaría de ser ingrato con vos, si vos os propusierais abrirme la senda por la cual deseo transitar: si venciendo las preocupaciones de mi madre la convenciérais de lo mal que hace, obligándome á aceptar lo que yo no puedo acoger benignamente.

—Bien, dijo la duquesa sonriendo, revelame tus inclinaciones, y cuenta desde luego con mi apoyo.

—De veras, señora! exclamó el joven enagenado de contento. ¿Me dais palabra? ... ¿Qué feliz soy!

—Sepamos, hijo mío.

—Pues bien, señora; la naturaleza se ha presentado á mis ojos con todos sus encantos; yo he visto el mar ensorbercido, furioso, amenazando sepultarme en su abismo, y lejos de aterrarme me ha parecido hermoso; miro al hombre dominado por las mas indignas pasiones, y al examinar su desagradable fisonomía, exclamo: "¿Qué hermosa cabeza para un cuadro!" Veo la muger espiando, y al paso que los otros huyen, yo me aproximo y digo: "Esta ligubre expresión la puede reproducir el pincel de un buen artista!" Creó haberlos confesado que ambiciono ser pintor.

La condesa sonrió, le apretó la mano; el joven besó la de la condesa, quien se alejó del jardín diciendo:

—Cuenta con mi apoyo y cooperación.

Y Pedro Pablo lloró de gozo. La condesa habló á Doña María Pipeligna, y no sabemos lo que dijeron am-

bas; poco la historia dice, que á los tres días de este suceso la condesa entró en el famoso taller de pintura de Adán Van-Ort, y vió á su page muy afanado dibujando una boca y una oreja.

III.

ADAN VAN-ORT.

Había trascurrido cerca de un año: en uno de los mas hermosos días de Octubre, se celebraba en Amberes la festividad de San Rafael: la condesa de Lalain se llamaba Rafaele, y nada mas natural que solemnizar el aniversario de uno de los primeros títulos de Flandes. Serian las diez de la mañana cuando nuestra amable condesa prescía—al lado de su esposo—la mesa espléndida que se habia preparado para dar un brillante almuerzo á todas aquellas personas hácia las cuales concedía la condesa una distincion especial. Todos estaban ya sentados y habia dado principio el almuerzo, cuando dijo la condesa por lo bajo á su esposo:

—Mucho me extraño, querido esposo, que Rubens no haya venido.

—Aun no tarda, respondió el conde.

Con efecto, al poco rato apareció un criado anunciando á D. Pedro Pablo Rubens. Instantáneamente se presentó el antiguo page cubiendo á su cuerpo un riquísimo vestido, y sosteniendo en su mano, con una gracia especial, un chambergo de anchas alas con una magnífica pluma blanca, cuyo estremo superior besaba suavemente la alfombra del comedor. En la mano izquierda llevaba un papel de cartulina enrollado.

—Os echábamos de menos, amable jóven, dijo la condesa sonriendo al aparecido maucabu.

—Lo que me anunciais me complace sobremanera, respondió Rubens, porque justifica el singular aprecio que me profesan en vuestra morada, pues siempre se echá de menos aquello que se desea.

Los demas convidados hicieron igua-

les demostraciones de atencion y complacencia, y fueron estrechándose las distancias á fin de dar cabida en el banquete al jóven pintor. Sin embargo, este, antes de tomar asiento, y despues de haber entregado el sombrero á un criado, desenrolló el papel que llevaba en la otra mano, y mostró á los ojos de la condesa la bella imagen del arcángel San Rafael, dibujada con una inteligencia extraordinaria.

—Muy bien, caballero, dijo la condesa: os doy la mas cumplida enhorabuena por vuestros visibles adelantos.

—Señora condesa, dijo el antiguo pagecillo inclinando la cabeza, recibid esa pequeñez, tributo de mi escaso ingenio; pero al mismo tiempo, como una verdadera expresion de los primeros pasos dados por vuestro page en la carrera de las artes. Vos habéis sido mi protectora, aquella buena señora que logró vencer las preocupaciones de mi madre, que se negaba á dejarme emprender una profesion que me encantaba, y en la cual tengo la arrogancia de presentir mi futura felicidad.

(Continuará.)



MOISES EN EL OREB.

SONETO.

Del sur en el desierto caloroso
Penetró fatigado el israelita;
Devoradora sed su labio agita,
Y corre en busca de agua presuroso.
Fuentes halló en Elim y halló reposo
Aquesta tribu errante y aun proscrita;
Hoy de dolor su corazon palpita,
Suspira triste ó llora silencioso.
Miró Moisés de su querida gente
El terrible dolor que padecía
Por falta de agua y el calor ardiente:
Sube al Oreb en la mitad del día,
Hiere un peñasco que brotó un torrente
Y bace el pueblo á Jehová plegaria pia.

RAFAEL GONZALEZ PAREZ.



VARIEDADES.



PEDRO PABLO RUBENS.

III.

ADAN VAN-ORT.

(CONCLUYE.)

La condesa recibió el significativo agasajo de su protegido, y dió gracias por el recuerdo. Al pié de la imagen decia: *Tributo de afecto y reconocimiento que hace á la noble señora condesa de Lalain, su mejor amigo y humilde servidor, Pedro Pablo Rubens.* La condesa leyó sonriendo satisfactoriamente la dedicatoria, é inclinó la cabeza repetidas veces mientras leía. Luego saltó la preclara estampa y suplicó á su page que se sentara. La condesa de Lalain contó este día en el número de los mas felices de su vida. Un corazon sensible y generoso se complace extraordinariamente con estas sencillas manifestaciones que nacen del alma. ¿Quién duda que esta noble señora estaria diciendo silenciosamente: "Sieste jóven llega á ser un célebre pintor, á mi me lo deberé!" Y esta sola reflexion bastaba para llenar su alma de júbilo y placer.

Terminó el almuerzo, y todos pasaron á la sala principal. La condesa iba siempre al lado de su dichoso protegido. Sin embargo, Rubens clavó sus ojos sobre la lujosa péndola que estaba en la sala; la esfera señalaba la

una menos algunos minutos, y el pobre jóven se acordó con pesar de que no era día de precepto; que los talleres estaban abiertos; que su maestro era un hombre intolerante y cruel con sus discípulos, y que en la situacion de aprendizaje en que se encontraba le era de todo punto imposible poder disponer de su tiempo.

Nuestros lectores sabrán el rigor de los artistas de aquellos tiempos: á pesar de la categoria que disfrutaba Pedro Pablo en la sociedad por su nacimiento y demas cualidades, no podia sustraerse á la rigidez de la disciplina que los profesores imponian á sus discípulos indistintamente. Antes, pues, que recibir una reprimenda y verse castigado, preferió Rubens ausentarse de casa de la condesa y acudir presuroso á su taller.

La condesa, lejos de desconocer lo que su page le esponia en disculpa de su ausencia, accedió á ella con notable sentimiento, y Pedro Pablo partió prometiendo asistir al concierto que se celebraba en su casa aquella misma noche.

Llegó Rubens al taller de Adán Van-Ort, hombre de extraordinaria habilidad en su arte, pero disipado y tirano. Entró el jóven en su cuarto de estudio, y al punto le rodearon casi todos los discípulos preguntándole dónde habia estado, á la vez que le participaban, con cierto temor, que el maestro habia preguntado por él repetidas veces, que estaba embriagado, y le

aconsejaban que se marchara si no quería experimentar las terribles consecuencias de su mal reprimida cólera. Rubens contestó:

—He faltado, porque he tenido que dar cumplimiento á un deber sagrado.
—¡Huyel! exclamó uno de los compañeros.

—Yo no huyo, respondió Pedro Pablo con dignidad. Los criminales son los que huyen, y yo no lo soy.

Rubens se apartó de sus camaradas, y llamó á la puerta del cuarto de estudio de su maestro.

—¿Puedo pasar adelante?

—Si señor, contestó con voz bronca Van-Ort.

Y Rubens se puso grave y sereno en la presencia de su maestro, el cual comenzó á reprenderle con una aspereza inusitada y brutal, á punto de obligar al joven aprendiz á intermitir á su maestro, para decirle que moderase su juicio y se abstuviere de apostrofarle de una manera tan poco digna de un hombre que profesaba el sublime arte de la pintura.

Adán Van-Ort, que se vió reconvenido con tanta dignidad y fuerza de razón, dió riendas á su enfurecimiento, y hasta se atrevió á tirarle una Biblia con láminas que tenia sobre la mesa; pero afortunadamente la embriaguez no le permitió hacer certera la puntería, y el sagrado libro pasó volando por encima de la cabeza del joven aprendiz, el cual, viendo que su maestro se preparaba para un nuevo desacato, salió del aposento y dejó encerrado á su ebrio antagonista, temeroso de que le siguiera. Rubens se alejaba para siempre del taller, mientras que Van-Ort gritaba y daba fuertes puñetazos en la puerta para que le abriesen.

Pedro Pablo contó á su madre lo que había sucedido; por la noche refirió esta misma anécdota á la condesa, quien aplaudió su resolución, ofreciéndole buscarle otro maestro mas digno de su aplicación y demas excelentes cualidades.

IV.

LA SORPRESA.

Ocho días despues de este acontecimiento, se hallaba Rubens, merced á las recomendaciones de la condesa de Lalain, en el taller de Otto Venio, pintor que no tenia rival en aquella época. Cuatro años estuvo á su lado, al cabo de los cuales pudo, sin trabas de ninguna especie, trabajar bajo sus propias inspiraciones. Otto Venio escribió una carta muy atenta á la condesa de Lalain, en que le decía que desde aquel momento declaraba pintor á su protegido D. Pedro Pablo Rubens, á la vez que vaticinaba que seria con el tiempo uno de los primeros artistas del mundo civilizado.

La condesa de Lalain, orgullosa y satisfecha con los progresos de su protegido, tuvo una conferencia con él, y le preguntó lo que deseaba. El joven manifestó sus deseos de pasar á Italia, y la condesa de Lalain le proporcionó acto continuo cartas de recomendación de los arquitectos Alberto ó Isabel. El día 20 de Mayo de 1600, se despedía Rubens de su madre y de la condesa de Lalain, y salía de Amberes lleno de entusiasmo, para visitar á Venecia y estudiar en ella las obras del Ticiano, el Veronés y el Tintoretto.

Hallándose en Mántua, en la misma casa donde se hospedaba vivía un caballero á quien Rubens no conocía, pero al cual miraba incoscientemente, y de una manera particular. Reparó el caballero, y deseando saber el objeto de tan repetida observacion, le dijo un dia:

—Caballero, yo no tengo el gusto de conoceros.

—Ni yo á vos tampoco, le contestó Rubens.

—¿Por qué me mirais tanto?

—Os lo diré, amigo mio. Porque tenéis una fisonomía espresiva; porque vuestra cabeza es una de aquellas que yo tomara por modelo para mis mas privilegiadas concepciones.

—Sois pintor?

—Si señor.

—Queréis retratarme?

—No deseaba otra cosa, respondió Pedro Pablo con regocijo.

Un mes despues preguntaba el caballero el precio de su retrato, y Rubens le contestaba:

—El consentimiento de dejarme sacar una copia para llevarla conmigo.

—Concedido, amigo mio.

Y apretándole la mano, se alejó diciendo:

—Os pagaré.

Trascurrieron dos dias, y entró en el aposento de Rubens este mismo caballero; el joven pintor estaba dormido, pero despertó al ruido que hizo la puerta.

—¿Qué queréis? preguntó Rubens incorporándose.

—Tomad, le dijo el amigo.

Y le dió un pliego. Rubens rompió la nena y halló una credencial del duque de Mántua, en la que le concedía el honor de ser su pintor de cámara, al mismo tiempo que le daba el título de gentil-hombre.

—Espicadme, caballero, exclamó Rubens.

—Somos compañeros, le dijo el amigo abrazándole dulcemente. Os he pagado conforme merecís.

—¿Quién sois?

—Un gentil-hombre del duque; éste ha visto mi retrato, he hablado de vos, y el duque os quiere conocer.

—Si, pasaré á darle las gracias por tanta honra, y á vos otro abrazo por tan inesperado favor.

Se abrazaron otra vez. A las doce de aquel mismo dia, Rubens y el gentil-hombre entraban en el palacio del duque de Mántua.

Con su variada erudicion y con la finura de sus modales, conquistó el aprecio del duque, á punto de darle la honorífica comision de pasar á España para ofrecer al rey Felipe III una magnífica carroza y un tiro de seis caballos napolitanos. A su regreso de esta mision pidió permiso al duque, y

pasó á Roma para estudiar las obras maestras de los primeros pintores del mundo.

V.

LA CARTA INESPERADA.

El archiduke Alberto le mandó hacer tres cuadros para adornar la capilla de Santa Elena, y al cabo de algunos meses partió para Florencia donde el gran duque le dispuso la acogida mas satisfactoria, pidiéndole un retrato para colocarle en la galería de los pintores célebres. En Florencia estudió las obras maestras de escultura antigua. Despues de haber pintado algunos cuadros para el gran duque, se dirigió á Bolofia y seguidamente regresó á Venecia impulsado por la singular predileccion que tenia hacia los coristas de aquella escuela. Despues de haber hecho graves y severos estudios en las galerías de esta ciudad, tornó á emprender el camino hacia Roma, y no bien hubo llegado á la ciudad eterna, cuando el papa le mandó pintar un cuadro para ponerlo en su oratorio de Monte-Cavallo. Los cardenales Chigi, Rospiogiosi, el condestable Colonna, la princesa de Escalamare y los hermanos del Oratorio, imitaron el ejemplo del santo padre.

Aún no habia visitado á Milan ni á Génova, y quisó pasar á estas dos poblaciones á fin de completar sus estudios. En Milan dibujó la Cena de Leonardo, y conocido con anticipacion en Génova por sus famosas pinturas, fué colmado de honores por la nobleza. La belleza y benignidad del clima, le decidieron á prolongar allí su residencia, durante la cual, coleccionó los planos de los mas hermosos palacios que encierra, y los mandó grabar cuando regresó á Flandes.

Escribió Rubens á su madre, poniéndole la belleza del pais que habitaba, y aconsejándole que pasase á él para hacerle compañía, cuando recibió una carta que abrió instantánea-

mente y leyó estas terribles palabras: "Venid á Amberes volando si queréis recibir la última bendición de vuestra madre.

LA CONDESA DE LATAIN"
Rubens rompió llorando la carta que estaba escribiendo, y se puso inmediatamente en camino con dirección á Amberes. Había mandado un criado, delante para que se anticipara y anunciara su llegada; pero le faltarian dos leguas que andar para entrar en Amberes, cuando vió venir á su criado, triste y ciñendo un luto rigoroso.

—¡Mi madre ha espirado y exclamó Rubens dolorosamente; y apeñándose del carruaje que le conducía, salió al encuentro de su criado, el cual confirmó con sus palabras el triste presentimiento del joven pintor.

Pedro Pablo se separó del camino y penetró en lo mas profundo de un bosque sombrío, se quitó el chambergo, hincó la rodilla en tierra, y dirigió al Eterno una sentida plegaria por el alma de su difunta madre. Dos horas mas tarde, visitaba el cementerio de Amberes, y lloraba desconsolado de lante de la tumba que encerraba los restos mortales de la que le dió el ser.

Se propuso en seguida levantar á su madre un magnífico mausoleo, cuyo epitafio compuso él mismo.

VI.

CONCLUSION.

En Amberes, fué Rubens colmado de continuos homenajes y singulares manifestaciones; preparábase ya á partir para Italia, cuando el archiduque y su esposa le llamaron á Bruselas, á cuyo llamamiento acudió al instante, y allí le concedieron una pensión y le dieron la llave de chambelán; sin embargo, obtuvo del príncipe el permiso de vivir en Amberes. Compró en esta capital una casa espaciosa, y reedificó parte de ella á la romana, formando al propio tiempo una colección de pinturas y de antigüedades,

con lo que dió á su morada toda la apariencia de una residencia real. El año de 1610 contrajo espousales con Isabel Braut, sobrina de la muger de su hermano mayor, Felipe Rubens, secretario de la ciudad de Amberes, y el archiduque le concedió la extraordinaria honra de tener sobre la frente bautismal su primer hijo, al cual le dió su nombre.

Rubens se contemplaba dichoso; la suerte le sonreía á cada paso; de manera, que unos elogios tan universales, y unas demostraciones tan espontáneas y sinceras, hacian impotentes las envidias de Abrahán Jausens y de Vinesclas Zerberger, émulos suyos en el sublime arte de la pintura.

El archiduque le mandó pintar una *Sacra familia* para su oratorio, y admitido en la cofradía de San Ildefonso, ejecutó para la capilla de la orden una obra maestra en su género, esto es, una *virgen sobre un trono de oro, dando la casulla á San Ildefonso*, sin haber querido recibir de ella retribucion alguna.

Después de haber enriquecido á su patria con innumerables producciones suyas, dió á conocer su talento en un género de trabajos, hácia el cual no le consideraban apto. Los jesuitas de Amberes habian adquirido cierta cantidad de mármoles, negros, blancos y jaspeados, que habiau cogido los españoles á un corsario argelino, y que iban destinados á la construcción de una mezquita; pero los jesuitas quisieron edificar con ellos una iglesia.

Rubens dió los planos del edificio y pintó treinta y seis cielos rasos. (*)

María de Médicis puso los ojos en este pintor, cuya reputación habia llegado á ser europea, y en su consecuencia, le llamó á Paris el año de 1620. Luego que recibió las órdenes de la reina, partió para Amberes, y acabó en el espacio de veinte meses, veinticuatro composiciones, que contie-

(*) Desgraciadamente un rayo devoró estas obras en 1718.

nen, bajo una forma alegórica, toda la historia de la reina: María le mandó pintar una *serie* igual acerca de la vida de Enrique IV: comenzó los bosquejos; mas estas obras no fueron terminadas; pero sobrevinieron nuevas reyertas entre la reina y su hijo.

Durante su residencia en Paris conoció al duque de Buckingham, favorito de Carlos I, quien le hizo presente los deseos que tenia de reanudar las relaciones y la amistad de las coronas de España y de Inglaterra, y le rogó que para este efecto desplegara toda su influencia cerca de la archiduquesa Isabel. De vuelta á Bruselas, obrando en un todo conforme á las órdenes de Isabel, sostuvo una correspondencia diplomática con el duque.

El año de 1626, tuvo el fatal sentimiento de perder á su esposa, y á fin de distraer el pesar, resolvió recorrer la Holanda, y visitar los principales y mas célebres monumentos. Continúo su viaje hasta el Haya, no atravesando una ciudad sin penetrar en los talleres y sin dejar en ellos testimonios de su extraordinaria generosidad. Pero es de suponer, que el verdadero objeto de su viaje fué sondear los estados generales del Haya, como Isabel se lo habia encargado.

Nuestro rey Felipe IV, informado de sus relaciones con Buckingham, le mandó llamar para conferenciar acerca de la reconciliación de las dos coronas. Partió con el consentimiento de Isabel, y llegó á Madrid en el mes de Setiembre de 1627. Después de varias entrevistas, en las que Felipe tuvo lugar de apreciar, así como el Duque de Olivares, los talentos y la penetración del embajador, Rubens fué nombrado secretario del consejo privado de Isabel. En fin, después de diez y ocho meses de residencia en la corte de España, recibió sus instrucciones y sus credenciales para Londres, al mismo tiempo que una sortija enriquecida de diamantes, y seis caballos andaluces; pasó á Bruselas para continuar su misión á la archiduquesa, y

desde este punto se embarcó para Inglaterra.

Buckingham habia fallecido; pero tuvo la destreza de relacionarse con el canceller y logró lo que solicitaba, puesto que no trascurrió mucho tiempo sin que el rey deseara verle. Le interrogó acerca de los motivos de su viaje, y le mandó hacer su retrato: mientras que le retrataba hablaron largamente respecto á las dificultades que separaban las dos coronas, y Rubens entonces se explicó con mas claridad, y le transmitió sus instrucciones: al cabo de dos meses de negociaciones se entablaron las bases del tratado de paz. El rey de la Gran Bretaña, para atestiguarle su reconocimiento, le hizo caballero, y embelleció mas sus armas, añadiendo á ellas un cuartel con un leon, y en pleno parlamento sacó la espada y se la dió á Rubens, le regaló ademas el diamante que llevaba en su sortija, y una banda, tambien esmaltada de diamantes. Rogó Rubens á España, donde fué nombrado gentil-hombre de cámara del rey, y secretario del consejo de estado de los Países Bajos, y por último, volvió colmado de bienes y de honores á Amberes, donde se casó con Elena Forment, célebre por sus riquezas, por su nacimiento y su hermosura.

Dedicóse á su pintura, y durante un largo periodo, no la abandonó mas que una vez á invitacion de la archiduquesa, que le dió una misión secreta cerca de los Estados de Holanda. Mientras la desempeñaba, supo que habia muerto su protectora la condesa de Latain.

Por los años de 1634, experimentó violentos ataques de gota, que se fueron aumentando en términos, que durante los dos últimos años de su vida, no podia ya sostener el pincel. Falleció el día 30 de Mayo de 1640. Su viuda le hizo levantar un mausoleo en la iglesia de San Jacobo en Amberes, en cuya capilla existe un cuadro maravilloso por su efecto.

Sus compatriotas y admiradores

elevaron una estatua á su memoria en Amberes.



SUPLICIO DE JUANA GREY.

Comenzaba el sol á aparecer en el horizonte, y á penetrar sus rayos por los vidrios de las ventanas de una habitación baja situada en la calle de Guil-Hall en Londres. En este momento se hizo sentir la gruesa y desahrida voz de un hombre, que desde lo alto de una escalera que conducía al piso superior, escitaba la tavididad de cuatro ó cinco criados que estaban vistiéndose. Cuando conoció debían haber concluido, bajó aquel hombre que parecía ser su amo. Uno de los criados ó detenidamente; echó una mirada en el corredor, y preguntó bruscoamente si estaba Fairy. Al mismo tiempo llegó á este, saludó al que poco antes había preguntado por él, y mostró una bacha que traía afilada y brillante; presentándose como se ofrece un subalterno al exámen de un superior é inteligente á la vez, no obstante que conservaba el exterior de una persona confiada en sí misma. Despues de considerar atentamente su amo ó maestro, le dijo con muestras de satisfacción:

—Perfectamente, Fairy; tu contenido corresponde á la misión que hoy te destina á cumplir la Providencia; pero medita en lo que te resta que hacer. Yo creo que no estarás pesoso de haberte apartado de Edimburgo para venir á Londres, y de haber trocado la correa y curtidá piel de los lobos escoceses, por el delicado cutis de los señores de Inglaterra.

—Yo agradezco mucho que os hayais acordado de mí, señor Jack, y confieso hacéis mas de lo que me teniais ofrecido, y mas tambien de lo que yo me prometia.

—Voy á ser franco: aunque seguramente mis deseos son de que asciendas y prosperes, hasta que seas recomendado de lord Murray; sin embargo, no te hubiera encomendado la ejecución de hoy en Tyburn, si no tuviera que hacer yo en la torre. Sabes tú que no acontece todos los dias la gloria de separar la cabeza del tronco en un mismo dia, y sobre un mismo tajo, al abuelo, al padre y al marido de una reina.

—Parlézle repuso Fairy, que aun habéis reservado la mejor parte, os habéis guardado para vos la reina.

—Bahl replicó Jack con cierta sonrisa que denotaba su indiferencia; una muchacha de diez y siete años que se morirá antes de que la toquen. Si no fuera por la vanidad de derramar la sangre real... me seria enojosa; qué diablo... una muger al fin.

—Pero decidme; ¿por qué la separan de su familia, y por qué se verifica la ejecución de su sentencia en el interior de la torre?

—Porque tienen miedo de que su juventud y su belleza interesen demasiado al pueblo.

—Y si es culpable, ¿por qué se han de interesar?

—Porque aun hay muchos que creen son mas legítimos sus derechos que los de nuestra reina Maria Tudor, y quien piensa tambien que si no son preferentes, no debe por lo menos ser victima de la ambición de un abuelo, que la ha instigado y puesto en el caso de proclamarse reina.

—Al diablo si comprendo algo, repuso Fairy; y me parece que si lady Juana Grey tiene derechos al trono de Inglaterra, nuestra reina, la bella Maria Estuard, los tiene tambien, y muy fundados.

—Iguales son exactamente, replicó Jack, con sola la diferencia de que María es hija de un rey extranjero, mientras que Juana es de pura sangre inglesa.

—Tan embrollada es esa historia como una madeja de algodón irlandés,

replicó Fairy; no quiero romperme la cabeza en comprenderla, solo encomiendo á la luz de mi hacha el aclararla para mí y para la reina Maria Tudor.

—Magníficamente discurre, no negarás ercs escocés, y escocés de los que hieren brutalmente y sin saber por qué.

—Pues bien! supuesto que aun nos queda una hora antes de cumplir nuestro deber, esplicadme por qué á lady Juana la ha condenado el parlamento cuando ya la habia reconocido.

—Escucha, pues, dijo Jack, y vosotros tambien, añadiendo dirigiéndose á los que presenciaron esta escena; voy á probaros que el cetro de los reyes es como el hacha del verdugo, que solo se posee para matar ó para morir. Cuando falleció el santo rey Enrique VIII, dejó tres hijos; nuestro buen soberano, que murió hace seis meses, Eduardo VI, y sus dos hermanas la reina Maria y la princesa Isabel. La primera es hija de Catalina de Aragon, y la segunda de Ana Bolena, á quien yo tuve el honor de decapitar con mis propias manos. Desde luego parece indudable que debían suceder á Eduardo su hermana Maria y despues Isabel; pero aconteció que su padre Enrique VIII, habiendo sometido la legitimidad de sus matrimonios á la deliberación del parlamento, este declaró los dos últimos ilegítimos, y por consiguiente incapaces á sus hijas de sucederle. Asi es como veis que despues de la muerte de Eduardo no tiene heredero inmediato el trono.

—Eso está bien, dijo Fairy; pero no comprendo todavía cómo por eso tiene Juana mas derechos que nuestra Maria Estuard.

—Es muy sencillo, repuso Jack. Si Enrique hubiera sucumbido sin hijos ó si estos hubieran muerto ó estuvieran declarados ilegítimos, como sucede, ¿á quien corresponderia el trono?

—Toma! repuso Fairy, á Margarita de Inglaterra, hermana inmediata de Enrique.

—Y despues, añadió Jack, á Maria de Inglaterra, su hermana menor, ¿no es cierto?

—Pues bien! exclamó Fairy.

—Pues bueno! repuso Jack; ¿quien representa hoy los derechos de Margarita, hermana de Enrique VIII?

—Fardiez! exclamó Fairy encantado de este descubrimiento; nuestra reina Maria Estuard, nieta de Margarita, la que casó con nuestro rey Jacobo IV y turó á Jacobo V, que es el padre de nuestra Maria; así es que la reina de Escocia es tambien la verdadera reina de Inglaterra, pues que desciendo de la hermana mayor del rey Enrique.

—Dices bien; pero está declarada como extranjera, como hija de Escocia, mientras que lady Juana, hija menor de Maria, hermana de Enrique VIII, es inglesa por todos cuatro costados.

—Y cómo ha de ser eso! repuso Fairy; la princesa Maria casó con Luis XII rey de Francia.

—Es verdad, continuó Jack; pero cuando envió regresó á Inglaterra y se volvió á casar con el duque de Suffolk, á quien hoy te toca hacer la gracia. De este enlace tuvo una hija que se desposó con lord Enrique Grey, que tambien te pertenece, y de este matrimonio nació lady Juana Grey, que me reservo yo, y que es la muger del joven Dudley, á quien te recomiendo particularmente.

—Entonces, si la calidad de extranjera excluye totalmente del trono de Inglaterra á Maria Estuard, no me parecen tampoco incontestables por la misma razon los de lady Juana.

—Precisamente esa es la cuestion! exclamó de nuevo Jack. Mientras que los partidarios y adictos de Juana la proclamaban reina, Maria Tudor, hija mayor de Enrique VIII, ha hecho entender al parlamento que el acta por la que estaba declarada ilegítima, é incapacitada por tanto de subir al trono, habia sido adoptada á influencia de la mas execrable iniquidad: la han re-